

4ºD. CUARESMA. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 9, 1-41

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo:

-Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado).

Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: - ¿No es ése el que se sentaba a pedir?

Unos decían: -El mismo. Otros decían: -No es él, pero se le parece.

Él respondía: -Soy yo.

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. (Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos.) También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista.

Él les contestó: -Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.

Algunos de los fariseos comentaban: -Éste hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado. Otros replicaban: - ¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?

Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego:

-Y tú ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?

Él contestó: -Que es un profeta.

Le replicaron: -Empecatado naciste tú de pies a cabeza ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros? Y lo expulsaron.

Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: - ¿Crees tú en el Hijo del hombre?

Él contestó: - ¿Y quién es, Señor, para que crea en él?

Jesús le dijo: -Lo estás viendo, el que te está hablando ése es.

Él dijo: -Creo, Señor. Y se prostró ante él.

JESÚS, DAME OJOS PARA VERTE

En el centro del Evangelio de este cuarto domingo de Cuaresma **«se encuentran Jesús y un hombre ciego de nacimiento»**. **«Jesús le devuelve la vista»** y obra este milagro con una especie de **«rito simbólico»**. Primero mezcla la tierra con la saliva y la unta en los ojos del ciego y luego le ordena ir a lavarse a la piscina de Siloé. Ese hombre va, se lava y consigue ver.

Con este milagro Jesús se nos manifiesta como **«luz del mundo»** y el ciego de nacimiento **«nos representa a cada uno de nosotros»**, que hemos sido **«creados para conocer a Dios»**. Pero hemos nacido ciegos y seguimos ciegos. Nos falta **«abrir los ojos de la fe»**, esos ojos que permiten **«vislumbrar otro mundo»** más allá de lo que vemos con los ojos del cuerpo: **«el mundo de Dios, de la vida eterna, el mundo del Evangelio, el mundo que no termina ni siquiera con la muerte»**.

Y eso es lo que trata de enseñarnos Jesús con esta curación del ciego de nacimiento. No se trata de creer genéricamente en Dios, sino de **«creer en Jesús, el Hijo de Dios, el Cristo»**. Y el Evangelio nos muestra los pasos de **«cómo se llega a una fe plena y madura en Cristo»**, a la vista del proceso seguido por el ciego de nacimiento para conseguir la vista.

La consecución de la vista por parte del ciego tiene lugar, de hecho, **«al mismo tiempo que su descubrimiento de quién es Jesús»**. Al principio, para el ciego, Jesús no era más que un hombre: **«Ese hombre que se llama Jesús, hizo barro...»**. Más tarde, a la pregunta: **«¿Y tú qué dices de él, ya que te ha abierto los ojos?»**, responde: **«Que es un profeta»**. Ha dado un paso adelante, ha entendido que Jesús es un enviado de Dios, que habla y actúa en su nombre. Finalmente, encontrando de nuevo a Jesús, le grita: **«¡Creo, Señor! y se prostró ante Él»** para adorarle, reconociéndole así abiertamente como su Dios y Señor.

Un detalle significativo es que Jesús envía al joven ciego a **«lavarse a la piscina de Siloé»** tratando de significar con este gesto, que los nuevos ojos, los ojos de la fe, **«empiezan a abrirse en el Bautismo, cuando recibimos el don de la fe»**.

Al describirnos con tanto detalle todo esto, es como si el evangelista Juan nos invitara muy discretamente a plantearnos la cuestión: **«Y yo, ¿en qué punto estoy de este camino? ¿Quién es Jesús de Nazaret para mí?»**.

Que Jesús sea un hombre nadie lo niega. Que sea un profeta, un enviado de Dios, también se admite casi universalmente. Pero no es suficiente. Somos esos ciegos que **«necesitamos que Jesús nos dé ojos dos veces, primeramente para mirarlo y luego para verlo»**

Y el salto mediante el cual se pasa a ser cristianos es **«cuando se le proclama a Jesús, como Señor y se le adora como Dios»**. La fe cristiana no es creer algo, creer que Dios existe, que hay un más allá, no. Es **«creer en Alguien»**. Jesús en el Evangelio nos dice: **«Creed en Dios y creed también en mí»**. Para los cristianos **«creer es creer en Jesucristo»**



Este Evangelio nos invita a reflexionar sobre **«nuestra fe en Cristo»** y también sobre **«el compromiso de nuestro Bautismo»**, el primer sacramento de la fe, el sacramento que **«nos inicia en el camino hacia la luz»**, mediante el **«renacer del agua y del Espíritu Santo»**, como le ocurrió al ciego de nacimiento, en la piscina de Siloé.

Al igual que el ciego de nacimiento, también nosotros **«hemos sido iluminados por Cristo en el Bautismo»**, y, por ello, estamos llamados a **«comportarnos como hijos de la luz»**. Y comportarse como hijos de la luz exige un **«cambio de mentalidad»**, una capacidad de **«juzgar a las personas según otra escala de valores, la escala que viene de Dios»**. Y el sacramento del **«Bautismo supone la elección de vivir como hijos de la luz y caminar en la luz»**.

Vivir como hijos de la luz y caminar en la luz, significa, ante todo, **«abandonar las luces falsas»**. La luz fría y arrogante del **«prejuicio contra los demás»**, porque el prejuicio **«distorsiona la realidad»** y nos carga de rechazo contra quienes **«juzgamos y condenamos sin misericordia»**. Cuando se chismorrea sobre los demás, no se camina en la luz, se camina en las sombras. Otra falsa luz, seductora y ambigua, es la del **«interés personal»**. Si valoramos a las personas conforme al **«criterio de nuestra utilidad, de nuestro placer o de nuestro prestigio»**, no somos fieles a la verdad y caminamos también en las sombras. **«Respetar a las personas y cuidarlas es caminar en la luz»**.

Pidamos pues al Señor que nos otorgue la gracia de **«acoger la luz de la fe»** para que esa luz nos transforme e ilumine todas las acciones de nuestra existencia. Y, hasta el último suspiro de la vida, que no dejemos de repetir esta oración: **«Jesús, dame ojos para verte»**.

¡Buena y santa Cuaresma siguiendo las huellas de Jesús! ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

19 de marzo de 2023